



REVISTA DE LOS CAZADORES.

EXPOSICION

PRESENTADA AL SEÑOR MINISTRO DE FOMENTO POR
EL DIRECTOR DE ESTE PERIÓDICO.

Excmo. señor.—D. Marcelino Bautista, Director del periódico *LA CAZA*, acude á V. E. rogándole fije su atencion en un asunto en que se hallan interesadas la ganadería española y el fomento de la caza.

En esta peticion se dignará ver V. E., más que los deseos del exponente, las aspiraciones justas y legítimas de la mayor parte de los ganaderos y propietarios de España. Así lo demuestran las cartas que constantemente estoy recibiendo de las personas con quienes me hallo en relaciones por la índole especial del periódico que tengo la honra de dirigir.

No se me oculta, Excmo. señor, que encargado V. E. de la gestion de los negocios públicos en un departamento donde hay que dirigir y ventilar cuestiones que entrañan altos intereses morales y materiales, no es posible que pueda dominar en poco tiempo la gravedad de todas las necesidades, ni dar á la vez á todos los ramos un eficaz impulso. Por eso es que las peticiones, que la razon recomienda y que en la justicia estriban,

lejos de embarazar la accion de los poderes constituidos, pueden ser de provechosos resultados y ayudar á la administracion en el desarrollo de su actividad. Me atrevo, pues, á esperar que V. E. acogerá bondadosamente esta instancia, y dará una prueba más de su reconocido celo por los intereses colectivos é individuales, fijando su atencion en las razones que voy á exponer, y proponiendo á S. M. la Reina (Q. D. G.) una medida atenuante de males que cada vez se van haciendo más sensibles.

Notables son las mejoras que ha ido recibiendo nuestra administracion desde que, al terminarse la guerra civil, que consolidó en su trono, sancionando sus legítimos derechos, á nuestra Augusta Soberana, una era de adelantos sucesivos, que empezó con el código de 1845, ha ido, á través de las vicisitudes políticas, desarrollando ordenadamente los elementos de riqueza del país y armonizando la gestion de los negocios. Pero, por desgracia, en esta época de actividad, de movimiento y de prudente progreso no ha correspondido la más pequeña parte á la caza, ni en lo que constituye su riqueza, ni en lo que se relaciona con el derecho de propiedad. El Real decreto de 3 de



Mayo de 1834 forma su única legislación, y aun ofrece dificultades en su práctica, porque en la serie de adelantos que en el camino de su perfeccionamiento ha tenido nuestra organización administrativa, todos los ramos que la componen han sufrido alteraciones más ó ménos importantes, sin que el de la caza haya tenido á su vez las modificaciones necesarias para ponerle en armonía con los demás.

No es mi ánimo ocuparme en esta exposición de las razones que aconsejan una nueva ley de caza, ni debería hacerlo porque nada podría decir que se ocultase á la penetración de V. E. Además de que otras individualidades de más representación que la humilde por quien van firmadas estas líneas, han de hacer gestiones encaminadas á conseguir la nueva ley. Me limito, en su vista, á ocuparme de lo que el poder ejecutivo puede hacer dentro de la legalidad existente.

El decreto de caza de 1834 prescribe sabiamente: primero, que no se pueda cazar en tiempo de veda; segundo, que en ninguna época puede cazarse con hurones, lazos, perchas, redes, trampas, cepos, etc.; tercero, que se fomente el exterminio de los animales dañinos con recompensas pecuniarias.

Estas disposiciones han ido poco á poco quedando en desuso hasta el punto de que hay en España poblaciones en donde ni se conoce siquiera el Real decreto que las impone, produciendo esta falta perjuicios, que excuso encarecer á V. E., para los propietarios y arrendatarios de terrenos dedicados á la cría y fomento de la caza.

Estos perjuicios tienen por causa dos elementos destructores, los corsarios ó ladrones de caza, y los animales dañinos. Para inutilizar, hasta donde sea posible, estos dos elementos, es para lo que me atrevo á solicitar el apoyo de V. E., porque el mal aumenta de día en día, y sería conveniente dictar alguna disposición, ahora que se aproxima la época de la veda.

El Real decreto citado determina los medios de minorar ambos males, estableciendo castigos para los corsarios y premio para los que matan animales dañinos. No es mi objeto, Excmo. señor, ni es tampoco de este lugar, el examen de si los premios y castigos fijados corresponden á la importancia

del servicio y á la gravedad de la falta. Tampoco debo fijarme en si las penas que establecen los artículos 484 y 495 del Código penal, están en relación con la penalidad que para los demás delitos impone el mismo Código. Me basta saber, y ha sido bastante para decidirme á presentar esta instancia, que dentro de la ley hay medios de disminuir los males que lamentamos.

Un poco de celo por parte de las autoridades locales, la oportuna vigilancia de los delegados del poder civil y el rigor necesario para evitar la impunidad, pueden producir el debido respeto á la veda y la extinción, ó al ménos la disminución, de los dañadores de caza. Para obtener este resultado nada más eficaz que la recomendación de V. E.

Igual recomendación sería bastante para estimular la persecución de los animales dañinos. Pero este asunto exige que yo me permita distraer un momento más la atención de V. E.

El art. 32 del Real decreto de Mayo de 1834, previene que para el pago señalado á los que matan animales dañinos, se destine la mitad del importe de las multas impuestas á los infractores del mismo Real decreto; y por Real orden de 18 de Setiembre de 1846, se manda que las multas impuestas por infracciones de la ley de caza, ingresen íntegras en las depositarias de los gobiernos de provincia. Verdad es que por Real decreto de 14 de Abril de 1848, se establece que las multas de toda clase se paguen precisamente en el papel creado al efecto; pero en este mismo decreto se manda por el artículo 4.º lo siguiente: «En los casos en que una parte de la multa corresponda á un tercero, con arreglo á las leyes, la autoridad que la imponga entregará al mismo una certificación expresiva de esta circunstancia, con inserción de las notas puestas en el pliego que entregue al multado. La Hacienda pública satisfará el importe señalado por estas certificaciones dentro de los quince días siguientes al de su presentación.»

Me he creído en el deber de citar las anteriores disposiciones, y ahora no necesito encarecer á V. E. los grandes beneficios que produciría procurar el castigo de los que faltan al cumplimiento de la ley de

caza, porque como es pecuniario, el producto de las multas sería la base legal del establecimiento de recursos para el pago de los que matan animales dañinos. Tampoco necesito llamar la superior atención de V. E. sobre la probabilidad de que una vez creado un fondo con dicho objeto, muchos de los que hoy viven del robo de caza se dedicasen á la persecución de animales dañinos, porque esta ocupación, como legal, no sería expuesta á castigo, y tanto ó más que aquella podría producirles.

Fundado en lo expuesto, y en el conocimiento que tengo de lo que ocurre y se piensa sobre el particular en varias localidades de España, creo que sería de suma conveniencia: 1.º Prevenir á los gobernadores civiles que recomendaran á los alcaldes el cumplimiento del decreto de caza y pesca, fijando los bandos oportunos y persiguiendo y castigando con arreglo á la ley á los que lo infrinjan. 2.º Ordenar á las autoridades municipales que exijan de las que impongan y realicen multas por dichas infracciones, las certificaciones que marca el artículo 4.º del Real decreto de 14 de Abril de 1848, cuidando de reclamar á la Hacienda pública la mitad del importe de las expresadas multas. 3.º Disponer que se consigne en los presupuestos municipales, con objeto de legalizar los pagos, el importe, en los gastos, de la suma á que se calcule podrá ascender el premio, consignando á la vez en los ingresos igual suma, como producto de la mitad de las multas. 4.º Autorizar á los ayuntamientos para incluir dentro de los recursos naturales, ó arbitrando nuevos recursos, mayores sumas para el premio á los matadores de animales dañinos. Y 5.º recomendar á los gobernadores la mayor vigilancia para que se cumplan estas disposiciones, y la prestación de todo su apoyo en los casos en que este sea necesario.

Lo consignado en el anterior párrafo no tiende á indicar á V. E. lo que debe hacerse en el particular, porque no se me esconde que V. E., en su mejor criterio, podrá facilitar una resolución más acertada. He querido únicamente justificar lo procedente de mi súplica. Si tal la cree V. E., y si en su vista se digna aconsejar á S. M. la adopción de una medida que corte los males expuestos, lo agradecerán, sin duda alguna, los

dueños de ganados y terrenos de caza, y muy particularmente el que tiene la honra de dirigir á V. E. esta exposición.

Dios guarde muchos años la vida de V. E.
—Madrid 18 de Febrero de 1867.—Excelentísimo señor.—Marcelino Bautista.

CUATRO PALABRAS

CON MOTIVO DE LA ENTRADA DE LA VEDA.

Se aproxima la entrada de la veda. Las liebres, los conejos y algunas aves de caza están de enhorabuena; también lo están los perros, por haber concluido su tarea de temporada de caza, quedando por lo tanto entregados al descanso, único premio que se les dá por su trabajo y por la diversion que nos han proporcionado durante la estación que va á concluir.

Pero en cambio es llegada la época de la caza de reclamo de perdiz (macho). Ya algunos aficionados empiezan á salir con la idea, más que de cazar, de campear á los reclamos, pues todavía es demasiado pronto para esta clase de caza, por no estar aún las perdices apareadas; pero no por esto dejan de encontrar algunos pares tempranos; y bien sea debido á la casualidad ó á las buenas condiciones del reclamo, matan alguno que otro macho. Esta clase de caza es perjudicial y conduce á la extinción de la perdiz, pues se matan indistintamente machos y hembras, y cada una de estas que muere es un bando ó dos ménos en tiempo de sus crias; lo que no sucede con la caza de reclamo hembra, por matarse en ella sólo los machos, y ser fácil á las hembras criar sus polluelos.

Comprendo muy bien que no todos los cazadores pueden dedicarse á la caza en mano con perro, por las fatigas y sinsabores que proporcionan; pero los que sean afectos á la de reclamo, ¿por qué no satisfacen su afición en la caza de la hembra? Yo estoy seguro de que muchos de los suscritores al periódico LA CAZA, al leer estos mal trazados renglones, me calificarán de egoísta; pero el que así lo creyese se engaña; sólo deseo el bien general de todos los aficionados, para que en el tiempo hábil se encuentren perdices en todas partes á donde se dirija el cazador.

Deseo además que todos hagan cuanto esté de su parte para guardar la veda, aun en las posesiones propias en donde puede el aficionado cazar siempre que se le antoje.

Aun cuando el 1.º de Marzo entra la veda, es corto el tiempo que el aficionado puede estar privado de diversion, pues en Abril ya principiámos á ver los primeros pasos de codornices, y por consiguiente ya tiene el cazador con qué poderse divertir hasta el

mes de Octubre, á pesar de que yo creo que no deben cazarse las codornices en tiempo en que los panes estén sin segar; lo primero y ante todo, por el daño que causan en los mismos, ya los perros, ya los cazadores, pues hay muy pocos que se limiten á ir cazando sin salir de las lindes, única manera de no perjudicar á la siembra, que tantos sudores cuesta al labrador; y segundo, porque á los perros también les es muy penoso el cazar en los sembrados espesos y crecidos, y como es consiguiente, les es difícil á su vez dar con la codorniz, á causa de lo mucho que apeonan. Por lo tanto, yo creo que las codornices no se deben cazar sino en los meses de Agosto y Setiembre, porque en esta época ya tienen hechas sus crías y las hay en abundancia por todas partes, y porque los perros cazan mejor, y les es fácil echar una ó más veces á una misma codorniz.

Concluyo manifestando que estamos todos en el deber de contribuir á que la veda sea un hecho, aumentando de este modo nuestra diversion, y contribuyendo á la cria y fomento de la caza, que es una riqueza importante.

LUIS ORTEGA.

CAZA DEL ELEFANTE.

(Conclusion.)

II.

De intento no hemos dicho nada acerca de las excelencias del elefante, porque hasta ahora le hemos tratado en estado salvaje. En estado doméstico presenta el elefante á los ojos del filósofo una gran serie de consideraciones que á cada paso se encuentran en el estudio de los animales, consideraciones que tienen lugar ciertamente en la vida rústica de este animal, pero no tan desarrolladamente como en la educada; además el tenerle á la vista siempre, dentro del mismo gabinete de estudio, por decirlo así, dá lugar á un exámen más detenido y concienzudo.

El chimpanzé y el papagayo, de quienes nos hemos ocupado, se asemejan indudablemente al hombre, en su forma y costumbres el uno, en la voz y ciertos actos exteriores el otro.

El elefante, esa mole de materia informe y animada, ese monstruo de carne y hueso, es el que se aproxima más que ningun otro animal al hombre. Su amor y cariño al amo, manifestado por su mirada tierna y por las

fiestas que le hace con la trompa; su prudencia en todos los actos, su esmero en cumplir los mandatos del señor, su fidelidad, su gran fuerza de voluntad, todos estos y otros análogos hechos revelan una grande y fina inteligencia. Y para que no le falten los defectos del hombre, se deja poseer de la cólera hasta el punto de matar á su mismo amo en un acceso de furia para después sentirlo de todas veras; se irrita por cualquier injuria que recibe; guarda reconcentrado en su pecho el odio, y en su memoria el recuerdo de la persona que le ha ofendido para vengarse en la primera ocasion que encuentre.

¿Y qué diremos de sus amores en estado doméstico? Cuando entra en calor; cuando su pasión ha llegado á un grado muy alto, su cólera, su rabia, su irritación le hacen insensato, indigno, loco; es preciso atarle con cadenas muy fuertes si se le ha de sujetar: entonces ataca á todos; y aun su mismo amo, á quien siempre ha respetado, se ve expuesto á sus iras.

Y sin embargo, no reproduce, no toma á la hembra; su pudor es tal, que allí, á la vista de sus amos, de sus mismos semejantes, no pueden de ninguna manera entregarse á la cópula.

No es de extrañar, por lo tanto, que los indios, los cuales tienen ocasion de estudiar al elefante, en quienes el domesticarlos constituye un arte, le den una superioridad sobre todos los demás seres, un carácter de divinidad; porque á los ojos de aquellos hombres incultos y faltos de filosofía es incomprendible un animal como el que hoy nos ocupa.

Indudablemente esta bestia, la mayor de la tierra, por su masa, por su volúmen, es también la mayor, la más superior en instinto.

Pero tememos extendernos demasiado, y como necesitamos entrar en el principal asunto de nuestro trabajo, la caza, diremos solamente cuatro palabras sobre los usos á que el hombre dedica el elefante y productos que de él pueden sacarse.

Ya hemos dicho que los indios los usan para la guerra, colocando sobre sus hombros un castillo, en el que se introducen los hombres, montándose el conductor sobre el cuello.

Los reyes se sirven de ellos para trasportar las celosías de mujeres de un punto á otro. Se usan, y más principalmente en Cochín, Siam, Pegú y en todo el Malabar para lujo, para montar y para todo lo que en nuestros países hace el caballo.

Sirve en todas partes para trasportar mercancías y grandes fardos, pues puede llevar sobre su lomo 100 y hasta 150 arrobas; se carga él mismo con la trompa, pudiendo coger cada vez más de 10 arrobas. Sobre los colmillos sostiene muy cerca de 1,000 libras. Conduce los fardos á los buques desde la playa con gran cuidado y sin mojarlos; los coloca en punto seguro, y no los abandona hasta cerciorarse de que están bien.

También se valen del elefante para cazar; colócanse, ya de pié, ya sentados los cazadores sobre su cuerpo, con el conductor en el cuello, y aunque su paso es un poco incómodo por el balanceo que hace, es muy seguro.

Además de estos y otros usos, se saca de él el marfil y se come la carne, que es muy exquisita.

En cambio necesita mucho alimento; come ordinariamente cada día un quintal de arroz crudo ó cocido y mezclado con agua; bastante cantidad de yerbas, y hay que ponerle haces de trigo, con los que, después de comer los granos, se entretiene en sacudirse las moscas.

Expuesto esto, pasemos á hablar de la caza de este animal.

III.

Poca variedad hay en las maneras de cazar el elefante. Su dura piel, sus grandes fuerzas, su paso, aunque pesado, largo, equivalente en su ligereza al del hombre; estas y otras cualidades del elefante son grandes obstáculos para su caza.

Lo cazan los indios para los grandes señores; por lo tanto, lo cogen vivo: los africanos se dedican á perseguirlo para vender el marfil de sus colmillos y para comer su carne.

En una selva habitada por estos animales, se escoge en medio de ella una llanura bastante extensa, se cerca por medio de muros, vallas ó estacadas, apoyando en los árboles más gordos los maderos trasversa-

les que sostienen las estacas. De trecho en trecho quedan pequeños huecos, por donde muy justamente pueda pasar un hombre; hay además un hueco muy grande para que pase el elefante, en donde se coloca una trampa ó una compuerta, que se cierra á la entrada del animal. Preparado el cercado de esta manera, se coge una hembra domesticada y en calor, á la que se hace pasear y se la obliga á dar el grito de amor. El macho contesta al grito y dirige sus pasos hácia la hembra; el cazador lleva á esta hácia el cercado, y el macho sigue el rastro. Cuando este ha entrado en el cercado tras la hembra, la abertura se cierra y el vallado se corona de cazadores. El elefante se olvida del amor y se enfurece; empieza á destruir con los colmillos la estacada, y si no se tiene una gran destreza en detenerle con unas cuerdas del grosor del cañon de una escopeta, sujetándole los piés y la trompa, hay peligro grave de que sucedan desgraciados lances. En seguida entra un hombre diestro conduciendo dos ó tres elefantes domesticados; se ata el que acaba de cazarse y se le conduce á las cuadras, en donde entra el arte á domesticarlo, más con halagos que con amenazas.

Otro de los medios es abrir grandes hoyas y cubrirlas por encima con una capa ligera de tierra para que no se conozca el artificio; el animal al cruzar por allí dá un paso en falso y se hunde. Cuando ha caído se le ata con cuerdas muy gordas y fuertes y se le domestica igualmente.

También hay otro artificio para cazarlos, aunque no es muy seguro y solo ofrece resultados con los de mucha edad. Se colocan árboles gruesos y cortados en pié y de trecho en trecho; los elefantes, como les cuesta trabajo el echarse, se duermen generalmente apoyados en los árboles. Mas cuando se arriman á los que los cazadores han colocado, caen los árboles á su peso, falta el equilibrio á los animales y caen también. El cazador, que está en acecho, corre entonces á cogerle y atarle antes de que pueda levantarse, lo que le cuesta también trabajo por su organismo pesado. Pero cuando están en familia es muy infructuoso, porque se vé el cazador expuesto al ataque de los compañeros.

Los negros de Africa usan este otro méto-

do. En una estrecha senda, dominada por uno y otro lado por dos eminencias, esperan al elefante para atacarle. Cuando llega el animal á ella, empiezan á echarle lazos por atrás casi impunemente, pues por la gran dimension del cuerpo no puede extenderse el animal en el estrecho círculo á que está reducido.

Las armas de fuego no pueden usarse con éxito en la caza que hoy nos ocupa. Hemos dicho ya que los elefantes huyen de los petardos, y por lo tanto de las detonaciones de la escopeta; su fino olfato percibe en seguida el olor de la pólvora; así que por esta razon huye cuando los ecos de la escopeta ó del fusil se repiten en las selvas, y cuando más solo se consigue matar de improviso uno ó dos de estos animales, y aun esto es difícil si se tiene en cuenta la dureza de su piel y por lo tanto la dificultad de herirles.

Estos son, segun nuestras noticias, los principales modos de cazar el elefante, y no concebimos haya muchos más, atendido á que es el superior á todos los animales, en fuerza, en el mucho andar y en inteligencia, y uno de los primeros en la dureza de la piel, en las armas de defensa y en todas sus demás circunstancias zoológicas.

J. SPINELLI.

COMBATE CONTRA UNA PANTERA.

En la excursion zoológica que, bajo el punto de vista de la caza, nos proponemos ir haciendo para dar á conocer á nuestros lectores los medios de conseguir dar alcance á los diferentes animales que pueblan el globo, llegará su turno á la pantera y á los demás séres de su género.

Hoy vamos á presentar á nuestros lectores un hecho reciente, que demuestra el instinto sanguinario y de venganza que principalmente caracteriza á este terrible carnívoros. Tomamos, pues, de un periódico de Argel la siguiente reseña:

«El 18 de Diciembre último un árabe, llamado Mohamed, salió de su tienda muy de mañana para ir al campo, cuando al volver un sendero se encontró frente á frente de un animal de gran tamaño agachado contra una roca.

En la semi-oscuridad que aun reinaba, le

pareció al principio una hiena; pero aún no habia podido empuñar el fusil que llevaba á la espalda, cuando ya el animal habia saltado sobre él y le sujetaba entre sus garras.

Era una enorme pantera.

Mohamed, dotado de una fuerza poco común, asió al animal por el cuello y le hizo soltar la presa, dando al mismo tiempo gritos desesperados.

Acudieron apresuradamente algunos pastores; pero ya la pantera habia derribado á su antagonista, á quien arrastraba por el suelo destrozándole á dentelladas.

Uno de los pastores, llamado Zeide, llevaba una pistola. Se acerca intrépidamente al grupo informe, y descarga á boca de jarro su arma sobre la pantera así que le ofreció un sitio descubierto.

Esta suelta entonces á Mohamed, y se arroja sobre su nuevo adversario á quien derriba; la cabeza de Zeide desaparece en la boca del animal, cuyas garras le abren el cuerpo y le desgarran los miembros.

Acude entonces el llamado Nui-ben-Ahmed, armado de un fusil; hace fuego á su vez, y la pantera, exasperada más y más con esta segunda herida, suelta á Zeide, que ya no es sino una masa inerte, para lanzarse sobre Nui-ben-Ahmed, á quien derriba. En aquel momento suena un tercer tiro; es el llamado Bu-Ahker, á quien no habia asustado la suerte de sus tres compañeros, y corría valerosamente á prestarles su ayuda.

La pantera, desangrándose por tres heridas, suelta durante un segundo á Nui-ben-Ahmed, y va á lanzarse sobre Bu-Ahker; pero en aquel momento de respiro Nui tiene el tiempo suficiente para clavar su cuchillo en el corazón del animal, que cae como herido del rayo sobre los cuerpos de sus víctimas.

Mohamed, Zeide y Nui-ben-Ahmed fueron trasladados á sus tiendas.

Zeide murió al día siguiente; los otros dos, aunque gravemente heridos, parecen fuera de peligro.»

UN DIA DE CAZA EN BARCELONA.

En el invierno de 1840 al 41 estaba de paso en la ciudad condal, donde tenia algunos amigos comerciantes, cuyas ocupaciones no les dejaban libres más que las noches, por lo que no teniendo en qué distraerme hasta las seis de la tarde, despues de dedicar los primeros dias á ver lo más notable de aquella hermosa ciudad, no hallaba otro recurso para matar el tiempo que observar el movimiento de buques que entraban y salian del puerto. Así pasé algunos dias; pero ya se iba

haciendo algo monótona la distraccion, á pesar de mi afición á la marina, cuando un día que estaba en la muralla del mar vi que desde un bote tiraron varios tiros á las gaviotas y otros pájaros acuáticos que abundan en la embocadura del puerto y aún dentro de él. Al momento se me ocurrió que, puesto que otros se divertían de este modo, ningún inconveniente habria en que yo hiciera otro tanto.

Inmediatamente traté de buscar una barquilla con vela y remos para tenerlo todo listo y salir el día siguiente temprano, y encontré una á propósito para el objeto, tripulada por dos muchachos de catorce y diez y seis años, que á pesar de su poca edad, acostumbrados al mar desde su primera niñez servían muy bien para el manejo de la lancha. Al día siguiente me embarqué con mi criado, una buena merienda por lo que pudiera suceder, una escopeta de dos cañones, y municiones en abundancia del número 4.º y zorreras, porque de las dos clases habria necesidad, siendo lo que más abundaba, según me dijeron, las gaviotas grandes y pequeñas y los «gavots» (que resultaron ser el *Pinguin* de los franceses), viéndose también algunos buzos (mergos) y cuervos marinos. Nos dirigimos á remo hácia la boca del puerto, y enfrente de la farola vi un gavot nadando tranquilamente sobre las olas, á ménos de cien varas de distancia, sin dar señales de alarmarse.

Como tenía yo alguna práctica en la caza de agua en ríos y lagunas, aunque era la primera vez que lo hacía en el mar, traté de aprovecharla en cuanto fuese posible, calculando que, como ménos hostigadas las aves marítimas, no seria tan difícil acercarse á ellas; y el resultado me dió la razón. Puse la proa derecha al ave (yo llevaba el timon al mismo tiempo que la escopeta), y dando orden á mi criado de sentarse en el fondo de la lancha, y á los muchachos que remarán despacio y sin ruido, y que cuando me vieran tomar la escopeta se agachasen lo posible, sin dejar los remos, y siguieran remando con fuerza despues de salir el tiro, nos fuimos acercando poco á poco hasta llegar á cuarenta varas del pájaro, dando entonces un poco de inclinación á la izquierda á la marcha del bote para descubrir mejor la pieza y no tener que tirar por encima de los remeros, ni levantarme: apunté, hice fuego, y vi al pájaro quedar tendido en el agua.

Al momento dejé la escopeta sobre mis rodillas, tomé el timon, los muchachos remaron firme, y haciendo pasar la lancha al lado de la pieza, la recogió mi criado con la mano, por no tener (como se debe llevar siempre para esta caza), una vara de seis piés de larga con un aro de alambre grueso y una bolsa de red en la punta

para cojer muertos y heridos como con una espumadera.

Me he detenido en estos detalles, porque como este género de caza no es muy usual en España, pudieran mis indicaciones servir de algo á otros aficionados que no la hubieran hecho.

Añadiré, pues, que se debe poner la proa recta hácia la pieza ó bando; remar despacio y presentar el menor bulto posible, guardando silencio y sin hacer ningún movimiento brusco. Despues de tirar, cargar en caliente para evitar que la humedad, que siempre hay en el aire sobre el agua, humedezca los cañones y produzca faltas. Si la caza queda muerta al tiro, no hay por qué apresurarse á recogerla; pero si queda herida, lo mejor es volverle á tirar, y tratar de acercarse lo antes posible y cogerla con la vara y red de que antes he hecho mencion.

Habiendo, pues, recogido nuestro pájaro, y cargado la escopeta, nos fuimos hácia fuera registrando con la vista las olas para observar si descubriamos algo. Vimos y maté otros tres gavots ó penguinos como les llamé por ignorar su nombre en castellano; y despues de un rato de descanso que aprovechó la tripulación para almorzar, soltamos la vela al aire y bajamos hácia la embocadura del Llobregat, tirando al paso diez ó doce gaviotas de varias clases, las más como palomas, y dos tan grandes como pavas. Al llegar á unas dos leguas de nuestro puerto, tropezamos con un mergo de los de la raza mayor; y por ser ave rara, casi del tamaño de un cisne, le di caza, consiguiendo ponerme á ochenta pasos; le tiré, y al llegar los plomos al sitio donde se hallaba, el pícaro pájaro se habia sumergido, dejándome con un palmo de narices sin más recurso que esperar á que saliera á respirar, para volver á perseguirle: esta escena se repitió siete ú ocho veces con el mismo resultado, hasta que en la última, viéndose herido por haberse descuidado un poco, levantó vuelo y lo perdimos de vista en direccion al Mediodía.

En tantas idas y venidas, no habíamos reparado que estábamos á dos leguas del puerto, que el tiempo iba refrescando, que el viento habia cambiado no favoreciéndonos más que para ir á Mallorca, cuyo viaje no nos hallábamos en disposición de emprender, y que si habíamos de dormir en Barcelona, convenia cuanto antes recoger la vela, y con los remos dirigirnos á Monjuich. Así lo hicimos, relevando yo á uno de los muchachos, y poniéndose los dos al otro remo; con lo cual y con mi criado al timon, apretamos los puños y conseguimos entrar en Barcelona sudando, aunque hacia frio, un poco antes de anochecer. De este modo pasé aquel día entretenido, bien ajeno de que al siguiente presenciaria los desastres que ocurrieron á consecuencia de la

tempestad que la misma noche estalló, causando la pérdida total de muchos buques á nuestra vista, y averías más ó ménos grandes á todos los que habia surtos en el puerto, dejando conternada á toda la poblacion, que seguramente no habrá olvidado aquel dia tan fatal.

R. A. M.

RESEÑAS DE CACERÍAS.

CACERÍA DE JABALÍES DE NOCHE Y Á CABALLO EN LA PROVINCIA DE TOLEDO.

Hemos recibido algunos datos de una cacería verificada en Puebla-Nueva, á nueve leguas de Toledo.

El Excmo. señor marqués de Miravell posee en dicho pueblo una magnífica dehesa denominada de *Pusa*, provista de mucha caza tanto mayor como menor, y que abunda más que en todo en jabalíes, de los cuales numerosas manadas recorren en todas direcciones escavando la tierra para coger las bellotas que matizan el suelo alfombrado de verde yerba.

Este terreno está colindando con muchos olivares, y cuando sus frutos empiezan á madurar y caer al suelo, muchos de aquellos cuadrúpedos van á comer las aceitunas caídas.

Este hecho, que se repite en todos aquellos pueblos, dá lugar á cacerías como la de que hoy nos ocupamos.

Era el 8 del mes actual: al influjo del hermoso tiempo primaveral de que hemos gozado todo este mes, hasta el 14 en que apareció la atmósfera encapotada para suspenderse en algunos copos de nieve primero y en copiosa lluvia después, los campos de olivos presentaban un aspecto risueño y agradable con sus amarillos frutos suspendidos de las ramas y amenazando caerse, reflejándose en ellos los puros y brillantes rayos del sol; este dia, paseando á los dulces atractivos del astro diurno y disfrutando de sus delicias como se disfruta en los pueblos, dispusieron varios aficionados de Puebla-Nueva una cacería para aquella noche.

Reuniéronse á las doce D. B. Montero, D. Narciso Montesinos, D. Braulio Gimenez, D. Domingo Perez y D. Agustín Lopez, dirigiéndose á caballo y con su jauría de perros de sujeta y de carrera á los olivares denominados *Los cortijos* y *Carranza*, distantes media legua próximamente de la dehesa del señor marqués.

Extendidos en el olivar de *Los cortijos* y colocados convenientemente á la manera que se colocan cuando se cazan las liebres con galgos, intentaron *guardar la mano*; pero la oscuridad era bastante grande, pues los pálidos rayos de Febo se refractaban en las hojas de los árboles, y

sólo de trecho en trecho penetraba alguna ráfaga de la apagada luz: además, el frio era más intenso de lo que convenia; todo lo cual les contrariaba.

Dieron sin fruto alguno la primera y segunda mano; mas no así la tercera.

En medio de aquel gran silencio, tan sólo interrumpido por algunas hojas que se movian al deslizarse por ellas el aire, se oyó casi imperceptible y á lo lejos el latido de los podencos.

No habia duda: seguian algun jabalí. Inmediatamente resuenan las pisadas de los caballos, y envueltos en aquel denso manto de tinieblas, apenas se percibía la sombra de los cinco monteros que, seguidos por los perros de sujeta, se deslizaban á todo correr por las calles de olivares, expuestos á una caída ó á estrellarse contra los troncos de los olivos.

Por fin consiguieron ponerse en el camino que seguian los podencos persiguiendo al jabalí. Los ladridos que llegaban á sus oídos no dejaban duda de que, aculado el marrano, se defendía de los perros.

Cuando llegaron los cazadores, ya estaban en la pelea los perros de sujeta, y tenían asegurada la presa entre cuatro; dos de ellos de las orejas, otro del lomo y el cuarto de una nalga.

Entonces el joven y diestro cazador Sr. Gimenez echó pié á tierra y atravesó con una cuchilla al animal, dejando este de vivir á los pocos momentos.

Esta hermosa pieza, que pesó unas ocho arrobas, fué depositada en un cortijo cercano. Registraron despues las heridas á los perros que componian la jauría, y no resultando ninguna de gravedad, los lavaron y se dirigieron hácia el olivar de *Carranza*.

Muy pronto llegaron á dicho punto, poco distante del anterior, y se extendieron en ala, marchando de esta manera y preparándose para dar algunas manos.

No bien empezaron la primera, oyeron el rumor de los perros que se atropellaban y latian con fuerza, anuncio seguro de algun otro jabalí.

Los ladridos de los perros lijeros que rompian el silencio de la noche, hicieron eco con los gritos de los cazadores que animaban á los de sujeta, y con el galopar de los caballos que, aguijoneados por las espuelas, corrian con la velocidad del rayo hácia el punto de donde partia la algarazara de los podencos.

Ya habian detenido los perros á un pequeño jabalí; corren los de sujeta á colgarse del animal, y en seguida desmóntase el Sr. Perez y le degüella con su cuchillo.

Cargaron esta pieza, que pesó cinco arrobas, en uno de los caballos; registraron á los perros, que estaban todos ilesos, y emprendieron la mar-

cha hacía el cortijo donde habian depositado el otro marrano.

Ya la aurora sonreía y rasgaba con sus manos de púrpura el denso manto que cubría el cielo, dejando pasar á través de ellos los dorados cabellos de Apolo, que aparecía por Oriente en su trono de nubes teñidas de blanco y tornasolado; ya los primeros rayos del sol herian el horizonte y se descomponian en bello arco iris en las gotas líquidas que pendian de los ramajes extendidos de los olivares.

Nuestros expedicionarios, contemplando á la bella naturaleza en sus primeros instantes de esplendor, recogieron las dos piezas, fruto de la cacería de aquella fria noche, y emprendieron su marcha de retirada hacía el pueblo, conservando gratos recuerdos de aquella expedicion.

Cuatro palabras para concluir.

En las comarcas en que ha tenido lugar la cacería que acabamos de reseñar, solamente pueden hacerse de la manera que han visto nuestros lectores, porque en primer lugar los jabalies sólo salen de noche fuera de la dehesa, y despues de esto, aquel terreno es bastante llano y labrantío. Tambien pudiera recurrirse á la espera cuando salen á comer las aceitunas caidas de los olivares.

En cambio dentro de la dehesa pueden darse con fruto buenas batidas, pues aunque escasean algo los venados, gamos, paletos y otros de este género, abunda en todo lo demás y especialmente en jabalies. Bien puede darse por feliz el señor marqués de Miravell de poseer tan hermoso coto.

HISTORIA HALLADA AL PIE DE UN ARBOL.

(Conclusion.)

«Te decía, prosiguió Matilde, que la amiga de quien habla Luis en sus memorias soy yo, como fui tambien la confidente de los ensueños de amor de la pobre Isabel que, confiando en el cariño de su buen padre, se entregaba por completo á las más risueñas esperanzas para el porvenir.

—Dices que el conde de S. no se negaba al enlace de su hija con un pobre pintor; entonces, ¿de dónde nació la desgracia de sus amores?

—La muerte, amiga mia, se complace en segar con su siniestra guadaña las existencias que más elementos tienen para ser felices; como parece complacerse el aguilon en tronchar las flores más bellas, ó las plantas más delicadas y aromáticas.

—¿Y quien murió, Isabel?

—Sí, Isabel, ó mejor dicho los dos, porque Luis no volverá á amar ni á ser dichoso. Su amada se ha llevado consigo toda la parte de ventura que podia caber á dos almas que, como las suyas, habian nacido para comprenderse.

—¿Hace mucho tiempo que murió tu amiga?

—Tres años. Aún no habias venido tú á la corte.

—Y, ¿cómo deseando el conde hacer la dicha

de su hija, no la unió con su amante? ¿O murió poco tiempo despues de conocerle?

—Te diré la causa; pero antes es necesario que refiera algo de la infancia de Isabel y de su madre, que era amiga de la mia, como lo fuimos nosotras.

La condesa de S. era una jóven bellísima, llamada Margarita, tan delicada como la flor cuyo nombre llevaba. Al año de unirse al conde de S., tuvo una hija que hacía las delicias de los esposos; pero poco tiempo despues la preciosa niña empezó á desmejorarse y palidecer, hasta el punto de tener que sacarla de la corte y trasladarla á las montañas de Astúrias, con la esperanza de que el aire del campo mejoraria su salud. Su madre quiso acompañarla, mas los ruegos de su esposo la detuvieron en Madrid, y en su lugar marchó una hermana suya, para estar constantemente al lado de la pequeña Isabel. En vano fueron cuantos cuidados se la prodigaron, estaba herida de muerte; tres meses despues de separarla de los amantes brazos de su madre habia volado al cielo.

La hermana de Margarita, que no se habia atrevido á manifestar á esta que su hija empeoraba, tembló á la idea de decirle que habia dejado de existir, y buscaba en medio de su dolor un recurso para evitar á la jóven madre tan terrible nueva.

En este estado de ansiedad recibió una carta del conde en que la decía que Margarita se hallaba enferma; que pedia ver á su ángel, á su pequeña Isabel, y que sólo esta satisfaccion le devolveria la salud.

Entonces Amelia (este era su nombre), ya no supo qué partido tomar: formaba mil proyectos, á cual más descabellados, pero la conclusion era siempre la misma; esto es, que si la condesa sabia la muerte de su hija, moriría de dolor.

Habia en el pequeño grupo de casas que formaba la aldea donde esto acontecia, una miserable familia compuesta del padre y cinco niños, todos de ménos de diez años, y entre ellos una preciosa criatura del mismo tiempo que la malograda Isabel; con la circunstancia que, á estar la una ménos lozana ó la otra más delicada, se las hubiera tomado por gemelas: tan exacto era su parecido.

Amelia se habia complacido muchas veces tomando en los brazos la niña del pobre campesino, y comparándola con su sobrina, envidiaba para ella los bellos colores y los hermosos hoyitos que tenían sus pequeñas manecitas.

Hablando con el aldeano y dándole alguna ropa para los niños, le habia oido lamentarse de su suerte, y de que Dios, llevándole su esposa, no le aliviara de una carga tan pesada como eran cinco hijos á quienes no podia alimentar.

Concibió Amelia la caritativa idea de sustituir á la niña muerta con la hija de aquel infeliz, y de este modo aliviar su suerte y salvar quizá la vida de su hermana. Tan luego como tuvo este pensamiento, fuése á la casa del buen hombre y le hizo la proposicion, ofreciéndole además una razonable cantidad para la manutencion y enseñanza de los otros. No fué poca su alegría cuando la contestó que aceptaba, no porque dejase de amar á la graciosa criatura, sino porque siendo mujer la esperaban más trabajos que á los otros, que al fin pronto podrian buscarse la vida.

Habia además la circunstancia de que la niña en cuestion tampoco era hija suya, sino de una pobre jóven desconocida que el verano anterior

había llegado á la aldea casi con los dolores del parto, falleciendo al darla á luz, y su esposa, que tenía muy buen corazón, se hizo cargo de ella, criándola hasta que á su vez Dios la había llevado. De modo que *Maria Desamparada*, como la habían puesto en la pila bautismal, solo pertenecía á la caridad, y á nombre de esta misma caridad la prohibió Amelia en presencia del cura, que dió su beneplácito viendo el laudable fin á que tendía el engaño.

Satisfecha Amelia del resultado envolvió á la huerfanita en los mismos vestidos de su sobrina, y regresó á Madrid, donde era esperada con el anhelo que se deja suponer.

El conde tomó la niña en sus brazos, y loco de alegría por encontrarla tan mejorada, corrió al lecho de su esposa, que á su vez se la arrebató para estrecharla contra su corazón; pero un terrible grito se escapó de sus labios. «Esta no es mi hija!» dijo, y cayó de espaldas.... ¡Había muerto!

Todos creyeron delirio de la enfermedad la exclamación de la condesa, y en medio de la agitación que produjo esta desgracia nadie se cuidó de comentarla.

El conde no dudó ni por un momento que la niña fuese su hija; por el contrario, los intervalos en que su dolor le permitía pensar, hallaba un consuelo infinito tomando en sus brazos la hermosa criatura, que á su vez le sonreía tendiéndole sus rosadas manecitas. Así que Amelia creyó que sería una infamia decir la verdad, robando de este modo al desgraciado esposo, que acababa de perder la mitad de su alma, el único lazo que parecía unirle á la vida.

Además, ella, al hacer la sustitución, había contraído con su conciencia la sagrada obligación de proteger á la huérfana aun en el caso de ser conocido el engaño.

Pasaron los años. El conde se consoló de la pérdida de su esposa con las caricias de su hija, y la misma Amelia llegó á figurarse que todo había sido un sueño, y que *Maria Desamparada* era en realidad la pequeña Isabel que había creído ver morir en sus brazos.

La niña llegó á ser la hermosísima joven que con tanto entusiasmo pinta Luis M. en sus memorias, y haciendo ella la dicha de cuantos estaban á su lado, todos á porfía deseaban verla feliz. Por eso el conde solía decir con frecuencia que si la verdadera felicidad consistía en unirse con el objeto de su cariño, como lo había conocido el mismo, que Isabel no encontraría obstáculos á su ventura, siempre que el elegido por ella fuese un hombre honrado.

En cuanto á Amelia, la amaba con el cariño de una madre, tanto que por no separarse de ella renunció la mano de cuantos pretendieron hacerla su esposa.

Sólo había una nube en medio de este cielo tan sereno. Isabel, que tan buena salud había disfrutado durante su niñez, al llegar á los quince años empezaron á notarse en ella, aunque de tarde en tarde, los síntomas de la terrible enfermedad conocida con el nombre de epilepsia; y cuando su tierno corazón comenzó á ser agitado por las pasiones, los ataques fueron más frecuentes.

Desde el día en que sus miradas se encontraron con las de Luis en los jarales de Navacerrada, empezó para la pobre niña una alternativa de placer y sufrimiento, que hizo temer á todos por sus días; por eso su padre, animando secreta-

mente al joven artista, le sugirió la idea de marchar á Italia, esperando de este modo calmar algún tanto la agitación de su hija.

Los médicos buscaban en vano el origen de la cruel enfermedad que por lo común es hereditaria, pues ni el conde ni la condesa habían padecido jamás síntoma ninguno de ella. Por lo mismo, creyéndola pasajera, solo aconsejaban, como remedio único, viajes de recreo.

Este fenómeno tenía solo explicación para Amelia, que no se atrevía á romper el silencio guardado por tantos años. La madre de *Maria Desamparada* había muerto en medio de las convulsiones de esta terrible dolencia.

Salió por fin Luis de Madrid; pero Isabel no sólo no tuvo mejoría, sino que cada día eran más visibles los progresos del mal. Entonces su afligido padre la propuso un viaje á Italia, que ella aceptó con el mayor júbilo.

Por un instinto celoso quiso saber en qué se ocupaba su amante, por lo que no le dió aviso de su determinación.

Esta vez la agitación de los preparativos y la ansiedad produjeron el efecto contrario que hasta entonces, pues el mal no se presentaba.

Llegaron á Roma; de allí á Nápoles; mas ni en una ni en otra ciudad halló Isabel las huellas de su amante.

Pasaron despues á Venecia, donde supo que Luis estaba trabajando al lado de su amigo Enrique en la composición de un gran lienzo que había de hacer su reputación. Ya se disponía á darle la grata nueva de que se hallaba junto á él, cuando una tarde paseando por uno de los mil canales que cruzan la bellísima perla del Adriático, divisó á Luis, que recostado en un pilar del puente de San Márcos, hablaba y sonreía cariñosamente con una joven que á su lado estaba (esta joven era la esposa de Enrique, casado hacia pocos meses, pero Isabel lo ignoraba); al verle lanzó un grito desgarrador y cayó al fondo de la barca presa de horribles convulsiones.

Al querer levantarla olvidaron todos el manejo de la débil embarcación, la cual se ladeó, cayendo al canal Isabel y su anciano padre. Cuando fueron socorridos, la joven estaba muerta; el conde, loco....

Al concluir Matilde su triste relato, las dos nos hallábamos anegadas en llanto.

Pasada la primera impresión, me volví á mi amiga.

—¿Y Luis y Amelia? la pregunté.

—Amelia, me respondió, cuida del pobre demente en una casa de campo, á la que se ha retirado, cerca de Zaragoza. En cuanto á Luis, viajó por Suiza y Bélgica durante más de dos años. Despues vino á la corte para abrazar á su anciana madre, y ahora marcha al norte de América, de donde quizá no vuelva en mucho tiempo. Sin duda antes de partir ha querido despedirse de los sitios en que conoció á su amada, y grabar su nombre en el roble que enlazaba el blanco espino, causa de su encuentro, como él lo lleva grabado en su corazón.»

Esto es lo que me refirió mi amiga, completando la historia que contenía la cartera hallada por mí en la cacería de la tarde anterior, y que prometí contar á mis amables lectores.

He cumplido mi promesa.

SOFÍA TARTILAN.

CRONICA.

Leemos en un periódico:

«S. A. R. el duque de Montpensier ha llegado á Sevilla en un tren especial, acompañado de los Sres. D. Matias Ramos Calonge, D. Basilio del Camino, D. Braulio R. Calonge, D. Narciso Suarez y otros, despues de haber estado cazando por espacio de ocho dias en la hermosa dehesa de Montegil, propia del Sr. Calonge, abundante en caza. En el expresado tiempo dieron muerte á más de mil piezas, siendo mucha la diversion de los cazadores. Apeados del tren se dirigieron á la régia morada de San Telmo, donde fueron obsequiados con una selecta mesa, preconizándose la magnífica dehesa, que es una de las mejores de Andalucía.»

A causa de las nevadas, y acosadas por el hambre, han bajado muchas fieras de los Pirineos, en especial en el valle de Baztan (Navarra), las cuales han causado grandes daños en el campo y obligado á los labradores á abandonar sus faenas. Pero gracias á diferentes somatenes, que se han formado, se ha logrado cazar algunas y hacer huir á otras.

L' Italia, de Nápoles, refiere la siguiente anécdota acerca de la fidelidad del perro:

«El capitan Pollone tenia un perro muy fiel que le seguía á todas partes. Cuando la compañía de Pollone combatia con la banda Inoci en el monte Coppo, el valiente perro, que habia sido el primero en apercibirse de la llegada de los bandidos y en dar la voz de alarma, se arrojó en medio de los combatientes, mordiendo á derecha é izquierda á todos los malvados que caian bajo sus garras. Cuando su amo fué herido, el pobre animal se lanzó sobre él dando largos y conmovedores gemidos, y se puso á lamer la sangre de la herida.

Llegaron los salteadores combatiendo hasta el sitio donde estaba el desgraciado Pollone, á quien acabaron de matar á bayonetazos; pero el valeroso animal saltó sobre la nuca del primero que puso sus manos sobre el capitan, y le mordió con tanta violencia, que cayó muerto de repente.

No pudiendo salvar á su dueño, corria acá y allá por entre las filas de los soldados dando fuertes ladridos, como para excitarlos á vengar á su capitan, tan bárbaramente asesinado.

Al día siguiente el cariñoso animal se puso á la cabeza de otro destacamento, que tenia la misión de explorar el terreno donde el desgraciado capitan habia caído. Los soldados siguieron casi instintivamente al perro, que corriendo les condujo al lugar donde yacía el cadáver de su amo.»

El águila es la más grande de las aves, y la llaman de presa porque tiene garras y se alimenta de animales, como cabritos, corderos, etc. Á veces ha arrebatado niños de corta edad.

No hace mucho tiempo que en Noruega un águila arrebató un muchacho de cerca de dos

años de edad, á la vista de sus padres, quienes, sin embargo, no pudieron salvarlo. Y de esta manera perdió en cierta ocasion su niño una madre en las islas Orkney; pero habiendo ella averiguado dónde el águila habia fabricado su nido, se dirigió allá, y aunque el sitio era muy elevado y difícil de acceso, y el ave muy feroz, consiguió quitarle el niño, sin daño notable.

Un caso parecido se repitió en Suiza muchos años há. En el mismo día del accidente ocurrió que un cazador se habia ocultado cerca del nido de un águila para matarla tan luego como se presentase. Despues de esperar algunas horas, la vió acercarse despacio á las rocas, en la apariencia doble más grande que lo son comunmente las águilas. ¡Puede imaginarse cualquiera la sorpresa del cazador cuando descubrió que traia un niño en las garras! Oyó sus gritos, y vió claramente su cara. El hizo una corta oracion, tomó una buena punteria, y disparó. La bala fué derecha al corazon del águila, que cayó muerta, y el cazador, cogiendo el niño, lo llevó sano y salvo á casa de sus desolados padres.

Ha llegado á Liverpool un joven elefante muy manso, y muy goloso al mismo tiempo. Al ser conducido desde el muelle á la casa de su dueño, metió la trompa en una taberna que halló al paso y se bebió el contenido de un cántaro de cerveza que estaba sobre el mostrador. Dicho se está que el animal no se cuidó de pagar el gasto á pesar de las quejas del tabernero.

Nuestro estimado colega *El Colombaire*, de Valencia, ha cesado en sus tareas, refundiéndose en *El Museo Campestre*, revista semanal, que continúa dirigida por el abogado D. Teobaldo Fajarnes. Este ilustrado joven, al variar el título de su periódico, ha variado tambien su forma y aumentado la lectura.

Copiamos de *El Museo Campestre*:

«ALBUFERA.—La última tirada en este lago fué bastante mala. El núm. 1.º que lo ocupaba el señor D. Manuel Cubells, mató 22 pájaros; el 2.º que lo tenia D. José Cubells, 12; el 3.º que lo tiraban el Sr. Baron de Ruaya y D. Manuel Artal, 8; el 4.º que lo ocupaba el Sr. Rosell, mató cuatro. Los demás aficionados, á excepcion del que ocupaba el núm. 10 que mató tres ó cuatro pájaros, no hicieron nada.»

La nieve ha ofrecido en estos dias pasados ocasion para algunos hechos notables de caza, especialmente en el extranjero. El jueves y viernes de la semana anterior, los cazadores reunidos de Jametz y Louppy mataron cinco jabalies que

pesaron en junto 50 arrobas. El sábado fué atacado otro animal que pesó luego 14 arrobas. Este jabalí, después de haber sido perseguido durante dos horas, arrojóse sobre uno de los cazadores, M. Renard, que le había disparado sucesivamente dos tiros sin lograr matarle. Desarmado, luchó á brazo partido con la rabiosa fiera, que le atravesó las botas con sus colmillos; pero Renard, con admirable sangre fría y no pudiéndose valer más que de la caja de su fusil, se la rompió á golpes, y pudo defenderse de este modo hasta que habiendo acudido otro cazador lograron rematarle con el auxilio del cuchillo de monte. Mas, según se cuenta, no es este el primer suceso de esta especie que á M. Renard le ha ocurrido. Hace dos años sostuvo otra lucha parecida con un jabalí que pesó seis arrobas, sin arma alguna y solo con el auxilio de su perro; solo que entonces á taconazos pudo hundirle la frente y aturdirle. Este hecho hizo decir á muchos que no era el jabalí tan temible cuando una zorra había bastado para derribarle.

Hay que observar que la palabra *Renard* significa zorra.

En Hayange (Metz) ha fallecido un joven de diez y siete años á consecuencia de un balazo que recibió en la cabeza en un tiro de pistola. Lo particular del lance es que en el momento en que, por descuido de un tirador fué herido, sólo sintió un ligero golpe en la frente, y únicamente le brotó una gota de sangre, como de un arañazo, continuando sin notar nada hasta dos horas después, que se puso algo indispuerto, retirándose á su casa.

Al día siguiente se agravó un poco, y continuó empeorando sucesivamente; á los quince días lo hizo examinar su padre, opinando los médicos que padecía calenturas tifoideas. El enfermo fué cuidado con esmero; pero después de ofrecer síntomas de una lesión cerebral que se revelaba en sus dolorosos quejidos y en su tendencia á inclinar la cabeza hácia atrás, cayó en un completo marasmo, falleciendo á los treinta y ocho días de enfermedad.

Después de su muerte, el alcalde de Hayange, queriendo descartar su responsabilidad antes de proceder á la inhumación, ofició al procurador imperial participándole sus dudas é instruyéndole de las circunstancias que habían precedido á su fallecimiento.

Se hizo la autopsia, que reveló aquel caso notable: el enfermo había tenido 38 días la bala en el cráneo.

En la línea del ferro-carril del Gran Luxemburgo (Bélgica), ha ocurrido un incidente muy dramático y extraordinario. Un tren compuesto

de nueve wagones y tres wagones-jaulas llenos de bueyes y corderos, tuvo que detenerse en un despoblado á media noche porque la nieve que había caído y caía en abundancia le impedía avanzar, por haberse empezado á apagar los fuegos. Un guardafreno fué enviado en busca de socorro á la estación más próxima. Al poco rato los demás empleados del tren oyeron á alguna distancia un aullido sordo. En la oscuridad vieron brillar, formando semicírculo, una porción de puntos luminosos que parecían fuego; eran lobos atraídos por el olor de los corderos. La posición era crítica.

Los sitiados no tenían más armas que palos y las palas de los fogoneros. ¿Qué hacer? El maquinista abrió las válvulas dejando escapar el vapor, é hizo silbar á la máquina para asustar á las fieras; se agitaron los faroles en todas direcciones, pero todo en vano. Entonces decidieron encerrarse en el furgon que formaba la cola del tren. Seguidos por los lobos, se escurrieron á lo largo del tren; al penetrar el último de los cuatro en un furgon, un lobo se lanzó sobre él y le arrancó un pedazo de capote; esta fué la señal del asalto. Los hombres se defendieron y mataron una de las fieras, consiguiendo cerrar la puerta del furgon. Luego los lobos se precipitaron sobre los wagones del ganado; pero ningún daño pudieron causar porque los resguardaba un enrejado, en el que se vieron después señales de la furia del ataque, que duró dos horas, al cabo de las cuales llegó una cuadrilla de trabajadores y los ahuyentó.

En el próximo número empezaremos á insertar un trabajo relativo al uso y manejo de armas, y al medio de conocer sus cualidades, con noticia de quiénes son los mejores constructores y de las que deben usarse para las diferentes cacerías, etc., etc.

Pronto empezaremos también á publicar el Diccionario, lo más extenso posible, de términos de caza.

Entre los objetos que han de figurar en la exposición regional que se prepara en Valencia, figurarán productos forestales, de caza y pesca.

Dice un periódico de Palma de Mallorca que hace pocos días se notó á cuatro millas del puerto una espesa bandada de aves acuáticas, que formaban una línea de cerca de dos kilómetros de extensión.

Por todo lo no firmado,
El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.